

LA ORALIDAD (Gonzalo Barrera)

(Texto de la introducción del libro “Voces del Puerto”)

La oralidad es la única realidad del lenguaje, el resto son imposturas. Bellas ficciones sin duda, como la literatura o el discurso urdido en imágenes, pero todo ello es otra cosa que el habla. Lo oral sale del cuerpo y queda flotando en el espacio vivo y compartido del aire, los gestos ahí, junto con la expresión de las manos, aderezando el sonido y colmándolo de significación. La palabra es del cuerpo y del alma todavía, y liga al que habla y al que escucha en la más genuina de las dialécticas.

La cultura de los pastores de Los Picos de Europa ha sido hasta el momento una cultura oral. En la transmisión histórica del conocimiento, la palabra bien pronunciada en asturiano, en lebaniego o en leonés, ha rescatado corderos de la garma o del extravío, ha nombrado con adjetivos el manto de las cabras y –entre incontables operaciones- ha incrustado de identidad los quesos y las conversaciones, el fuego de las cabañas y todos los resquicios que la rueda de las tareas dejaba, al día, al año o en la vida, a la necesidad de saber.

Ajenos los tiempos y los puertos a la infección de las televisiones –que graznan solas- cuántos pastores sorprenden en el decir. Su lengua se crió tan limpia como el aire de los líquenes y quienes la dominan, cuando narran, asombran con el ritmo y la pintura de los ambientes, las dosis de intriga, la ironía fina, la lógica generalizada y todas las artes de la deducción. Un espacio tan complejo, fractal y fatal como pocos, generó una oralidad que supo adelantarse a los xerros y las torcas, que libró las maedas y rodeó las tremas que no fueran ciertas, y que conteó como el palo del pastor a la colectividad entera.

El oído discriminante, por su lado, modeló a un tiempo las palabras y el arte de escuchar, porque en el decir antiguo, como en el sonido profundo de las zumbas, habitan los signos que conducen a la majada y estreman los buenos pasos de los abeséos: una parte esencial del oficio de pastor consiste en saber estar “al escuchu” de las cosas, modalidad local en el ejercicio de la prudencia. Se salvaron muchas reses y vidas en el relieve acendrado de Los Picos, o sencillamente se aminoró su penosidad con el uso ponderado de las palabras. Si brotaron de experiencias concretas, enseguida fueron acuñadas en la memoria activa del pueblo, con esa pronunciación tan autóctona que, aunque comparta tonos, identifica cada valle entre quienes la saben escuchar.

En Los Gamonéos de Cangas o en los de Onís, el timbre de las mujeres es un aguijón. Hiende el aire muelle de los reposos y echa a andar todo lo que es capaz de moverse.

Los paisanos obedecen puntualmente los agudos. En cuántas casas las palabras pronunciadas son compases del reloj, obligaciones o días de calendario –ya es febrero y no matamos- porque una sociedad campesina, que por pastora es doblemente móvil, necesita jalonar el tiempo con repeticiones, muchas de ellas venidas –por el acierto- a la condición de refranes. Un pueblo que sabe hablar conserva en ese caudal las claves de su conocimiento.

Pero qué pasa hoy que crece el silencio, y a la bajada del monte apenas se siente a alguien echando la voz a los animales. Es innegable que asistimos a un tiempo crítico, quizá final para la forma de pastor que conocimos. Pero también es cierto que, sobre este mismo espacio, los ciclos ganaderos se dan relevo a si mismos desde hace más de seis mil años y que, justamente aquí, no vamos a contemplar tampoco el final de la historia. Pero precisamente en este relevo resultan urgentes y profundamente prestosos,

esto es, valiosos en sí, trabajos de fijación como éste cuyo prólogo me honra tanto, en el que Fernando García-Dory ha rescatado para siempre algunas de las palabras que fueron pronunciadas en el universo de Belbín o de Ariu, o de las que se sintieron decir en cualquiera de las brañas de Cangas, cuando los puertos tenían pueblo y tenían voz. La lengua del pastor, que entonces abarrotaba los días, no puede llevarse con ella —si se apaga— tantísimo conocimiento. Aquellas palabras que, como ubres al atardecer, bajaban atestadas de significado delante del pastor, apurriendo recados a los rapaces que entretenían las vegas, encuentran en los libros un espacio de reserva y conservación. Por ello, aunque ahora se vean exiliadas por el lobo y los tiempos de sus fundaciones, es primordial cuidar su latencia en que ha llevado a término la lucidez de Fernando, oportuno mediador aquí de la percepción pastora y sonora de la existencia.

La escritura de este libro es aparente. Entre las líneas, habitando las pausas del pastor, tan elocuentes, despierta la memoria clara de quien pasó en el monte sus días, ocupado en convertir en queso la naturaleza. Y mientras hubo cuerpo bastante para mantener en poemas los aciertos de la cultura, a los pueblos pastores les alcanzó con la oralidad. Era entonces cuando se alzaba, de memoria, una cartografía empeñada en administrar el relieve al pormenor, recorriendo con el habla todas las voluntades del suelo, aquilatando las hierbas que son y no de la parroquia, y dejando solamente al albur el vuelo mancomunado de las aves.

En lo más alto de la peña, donde los pastores caminan como si fueran pronunciando, persisten cinceladas en la roca las cruces que hilan las lindes del concejo. Los pastores de La Robellada, por ejemplo, fijaron en el habla los límites de Onís; y así se fue dando cuenta, entre las generaciones, de cuáles los suelos propios, cuáles los cabraliegos, y cuáles los términos en los que el ganado se había de tornar. Ese río de topónimos, que aún no tuvo la suerte del papel y su permanencia, devana todavía la madeja del territorio en el recuerdo fragmentario de los vecinos de Onís. En fenicio y en griego, usaron para la escritura un término que venía del cincel. Del mismo modo que en las llambrias más engoladas fueron grabadas las cruces de concejo, con voluntad de permanecer, los pastores de Onís troquelaban en romance los cofines de su mundo, así como los conocimientos tenidos por más convenientes. En el decir de cada quién, las familias espigaban lo que las vidas aportaban de certeza, y así se iban heredando de los viejos las estrategias y la orientación.

Por eso, en los tiempos de silencio que corren, hay que saludar y urgir tareas de documentación como la que acomete este libro, insuficientemente ponderadas en el trasiego contemporáneo de información. Si las tablillas sumerias traen hasta nosotros noticias de cebada y corderos con más de cinco mil años de historia, el papel o los archivos digitales que arropan iniciativas como ésta, responden a una obligación cultural con un habla y un pueblo pastor que lleva *curiando cabres* los mismos milenios.

Verdadero genoma de su cultura, la voz que pronunció torca o árgoma, que puso en conocimiento de los rapaces los cuetos, las colladas y los jóos, y todos aquellos nombres que avisaban de algo, una parte de esa voz, al menos, queda salva y a disposición de quien la necesite para entender mejor la vida de los puertos. Y aunque hoy haya que “echarse bajo” por cuenta de la coyuntura, queden ehí los trillos, puestos a limpio, que llevan al lugar en que los pueblos pastores de Onís y Cangas, entre otros, atesoraren tantísimo conocimiento.